

## El carácter débil de lo público

Santiago Restrepo Vélez

Todo parece llevarnos en esta dirección: la civilización es insuficiente para extirpar de la naturaleza del hombre su corazón de lobo, porque ese corazón sería precisamente su identidad más profunda. Una ciudad con régimen democrático esta enraizada profundamente en la vida pública. La vida pública se enriquece y se transforma con mayor dinámica en el dispositivo público destinado para ello. La urbe, como la ciudad están al igual que el hombre, constituidos tanto por la naturaleza de lobo, como por la natura dócil de cordero: polos o diferencias necesarias para reconocer la complejidad que las configura.

La diversidad de los contextos y de los paisajes urbanos no obedece al resultado inesperado de un determinado modelo o cambio realizado por una generación en especial. Más bien, se trata de reconocer que un proceso que apenas comienza esta contaminado de procesos anteriores, que eso tangible e intangible de la vida urbana se determina por múltiples factores, que igualmente es el resultado de puestas en común y de imposiciones que se friccionan permanentemente luchando por la vigencia de uno u otro. Deberes y derechos hacen parte del contexto ciudadano. Las territorialidades como las costumbres de carácter técnico o mental operan a manera de buriles que van calando o modelando los rasgos particulares de una práctica citadina.

La ciudad con una vida pública dentro del régimen democrático tiene su origen en la cultura griega hacia el siglo VI antes de nuestra era. Los griegos como grupo humano específico hicieron de la Ciudad-Estado un dispositivo ideal para realizar la vida pública o la vida en el exterior haciendo de dicha actividad su sello de distinción con respecto a otros regímenes. La plaza o el ágora como se llamo entre dicha comunidad fue uno de los espacios públicos ideales para la visibilidad, como para la palabra pública. Dicha creación significo un logro espiritual y espacial.

Espiritualmente fue la creación de una manera de gobernarse y resolver sus asuntos aplicando un modelo de régimen muy diferente a los conocidos durante el siglo VI, por otras culturas contemporáneas, caracterizadas por las monarquías o autarquías. La democracia fue el modelo que los hombres de la Grecia antigua idearon para resolver sus problemas a través de la argumentación y la exposición de hechos. Esto los diferenció de otras comunidades donde infringir una ley o cometer una falta grave implicaba un castigo violento al autor o a los autores, sin derecho a exponer las razones y a la contra argumentación.

Por tanto, el surgimiento de la Ciudad-Estado con los espacios públicos para la práctica del debate, de la exposición de argumentos, de las concertaciones y los rechazos propios de una vida pública fue el inicio de un novedoso régimen opuesto al régimen autoritario. Sin embargo, la Ciudad-Estado democrática que empieza a marcar la diferencia en la esfera pública, no tiene asegurado nada. El modelo democrático no es garantía por si sólo para que se ejerza la justicia, uno de los tantos propósitos que tenía la argumentación pública entre los

griegos, por el contrario lo que se demuestra de dicho régimen que la práctica misma de la vida pública permite alcanzar la equidad.

En consecuencia, no es posible afirmar que la historia de la civilización, que la historia de la democracia, que la historia de la ciudad, obedezcan a períodos consolidados por optar por un régimen, por el contrario, la inestabilidad en la política, en la vida pública, la fragilidad de un régimen se constituyen en su mismo devenir loco incluida la dinámica urbana. La filosofía es hija de la ciudad y, como muchas otras prácticas, sólo alcanza su emergencia en el conglomerado urbano.

Pero no es posible que nos imaginemos una ciudad concebida hacia dentro, es decir, recogida en sí misma sin que posea una cotidianidad interior y una cotidianidad exterior. La trama social humana está constituida por la vida pública. La exposición pública es el fruto de un entramado sintético simbólico que se cruza en la experiencia que se da en la exterioridad. Sin el acontecimiento de la experiencia exterior como tal no es posible la vida pública.

La esfera de lo público se fortalece en la ciudad y eso dará lugar tanto a la emergencia de las ciudades reales como a la configuración de las ciudades ideales o utópicas: Si bien Platón en La República proyectó una ciudad utópica, sabía que ella como tal nunca existiría en la realidad, pero que como ejercicio teórico y aspiración política se convertía en un objeto de especulación necesario para reflexionar acerca del hombre ciudadano como de su contenedor: la ciudad.

La especulación platónica está en camino de los esenciales: la ciudad perfecta y sus ciudadanos modelos. Cuando los ciudadanos aspiraban a ser miembros de una ciudad modelo, renunciaban a ser entes indefinidos o confusos. Cada destino o quehacer del individuo no podía ser ambiguo o estar contaminado por otro hacer, él y cada uno de estos individuos se ceñirían a su rol y sólo a él, sin realizar papeles ambiguos o fortuitos, por el contrario regido por un orden determinado se garantizaba la transparencia de los hechos y los destinos que gobernaban a cada ciudadano. El ideal platónico se constituyó en herramienta para la especulación de aquellos que gustaban debatir modelos de comportamiento y de ciudad. Ya en la realidad, tales ideales no eran posibles, dado que la misma polis como sus comportamientos hacen horadar el carácter fuerte o estable de la vida pública, es decir de un colectivo obediente a sus imaginarios institucionales.

Por lo tanto, la tarea de los gobernantes consistirá en gobernar para mantener un equilibrio tolerable de ese caos, de esa constante fricción, de ese carácter débil de lo público, que es, entre otras, la tarea de quienes apuestan a la utopía citadina cotidiana, y de aquellos que, por sus intereses, van en procura de alterar dicho orden.

La puesta en escena de la ciudad no es el fruto de un abrir y cerrar de ojos, se trata, por el contrario, de las vicisitudes, de los encuentros, de las marejadas externas e internas, de las dialécticas de poder, que finalmente son las que han moldeado la roca y los cuerpos. Un escenario público como la ciudad, con sus calles, sus plazas, sus templos, sus dispositivos para la práctica competitiva de la carne, para sus aposentos de vivienda, para el encuentro cara a cara, para la expresión de opiniones, etc. se debe leer de manera amplia y diferenciada.

La ciudad está hecha de diferencias, de asimetrías, de formas amalgamadas que se van constituyendo como su segunda piel, según los sentidos que sus habitantes le van dando, unas veces de manera espontánea o planeada. Podemos agregar que las nuevas tecnologías, las importancia de los mass media, la virtualidad de la red son otra forma posible de lo público, que a su vez está sujeta a ese devenir loco que producen los usos, las alteridades, entre muchas variables, configurando y reconfigurando la esfera pública que está en permanente dinámica.

La ciudad como dispositivo rígido desde lo físico no es fuerte por su aspecto sólido. Su entramado conlleva un carácter débil en los valores y el uso que hace el individuo- o los grupos humanos, por tanto la esfera pública padece igualmente de ese carácter débil. Lo débil no en cuanto a fragilidad como tal, sino como dinamis, como fuerza emergente que no cesa de trasmutar tal esfera. Richard Sennett, en su texto *Carne y Piedra*, plantea cómo los hombres de la Grecia clásica se concebían como hombres que se debían al exterior y las mujeres se debían al interior, al hogar.

El dispositivo Ciudad-Estado significa un cambio en muchos sentidos para el hombre de Grecia del siglo VI antes de nuestra era. La ciudad como piedra modela moldea los hábitos y las prácticas de quienes la practican. La ciudad de la antigüedad, como la del presente, no era un complejo nítido y coherente.

La ciudad y lo urbano desde su emergencia han acusado complejidad. Puede configurarse como un cuerpo y un organismo, pero, a la vez, no son un cuerpo definido e igualmente pueden ser un cuerpo en donde los órganos están sujetos a una función única, es decir, un cuerpo sin órganos. La ciudad y lo urbano son sinónimo de normas, de supuestos acuerdos y comportamientos, de alteraciones y subversiones por parte de sus usuarios, por ello es difícil afirmar que un determinado régimen, como producto de la civilización, es prenda de garantía para que se afiance el comportamiento civilizatorio en lo urbano.

El tiempo o el espacio citadino no conjuran en la naturaleza del hombre su espíritu de lobo. En otras palabras, la Ciudad-Estado practicada de los griegos, como la ciudad actual aparentemente puede definirse en lo físico o ser nítidas, sin embargo, su permanente dinámica de uso, de crecimiento predecible o inesperado, de cambios simbólicos la hace móvil e inestable. Sus organismos formalizados obedecen a su razón de ser, pero existen variantes y actores que pueden contribuir para que emerjan otras formas organizadas que no obedezcan a la lógica del régimen que las ordena, pueden existir formaciones, entes apáticos a la estructura de la estructura o se puede dar la emergencia transitoria de formaciones orgánicas (muchedumbres) que aparecen para determinadas funciones, pero funcionan a manera de resistencia ante el orden y desaparecen con la misma rapidez con que emergieron. Lo urbano, entendido como la vida de quienes practican la ciudad, ésta regida no por una sola lógica, sino por múltiples justificaciones individuales o colectivas que la convierten en algo impredecible. Luego, el cuerpo y lo orgánico de sus dispositivos y sus actores no se rige por los cánones de funcionamiento y de sentido formales a los que está sujeto un cuerpo con los órganos desde el punto vista biológico.

Si tenemos este concepto con respecto a la ciudad y a lo urbano no es extraño aseverar conocimientos y funciones definitivas, como sentidos y referentes estables porque es imposible garantizar su permanencia, su nitidez. Es decir, su devenir urbano y sus permanentes alteridades los constituyen en objetos de estudio que obliga mudar el discurso sobre el tema, como igualmente los esquemas y las concepciones para ser consecuentes con su naturaleza cambiante. Sus paradigmas la hacen contradictoria. Ella, junto con lo urbano, es el producto de innumerables esfuerzos y memorias que están sujetas a cambios constantes.

La ciudad podrá ser más estable que lo urbano, porque hace referencia a lo físico, sin embargo ello no es garantía para que los procesos civilizatorios aseguren su ideal de funcionamiento, ni tampoco estos procesos corresponden al resultado ascendente que un grupo de hombres ha diseñado en un tiempo y en un espacio determinados. Es decir, que los procesos culturales, políticos, aunque estén proyectados para ser superiores o mejores al período anterior, no garantizan el mal llamado ascenso del hombre. Dicho ascenso no puede entenderse como tal, el devenir de la ciudad y de lo urbano en ocasiones dará lugar para que se afirme que un determinado grupo humano ingresó en un estado de civilización mejor o entro en una etapa de retroceso. Las ciudades sagradas, las ciudades laicas, las ciudades comerciales, las ciudades de conocimiento, las ciudades polisémicas y cualquier otro carácter que se quiera añadir, servirán de ejemplo a ese matiz que alcanzan lo físico y lo urbano, configurados en ciudad y en permanente configuración en lo urbano, para desarrollar sentidos y quehaceres dentro de las esferas públicas y privadas, o de cualquier otra definición históricamente posible.

Barbarie y civilización, sin razón y razón, caos y orden. Extremos que pueden decir mucho o nada acerca de la ciudad y de lo urbano, o de uno de sus fenómenos: lo público. Pero, tanto la ciudad y lo urbano, como lo público, se constituyen no por los dualismos extremos, sino por la gama de grises que se agitan en los umbrales de cada lado, los territorios en donde conviven el corazón de lobo y el corazón civilizado. Se ha creído que la esfera de lo público como constructo formal e imaginario se constituye por estructuras firmes y ancladas en prácticas sociales que perduran en el tiempo.

La esfera de lo público, por el contrario, a nivel del imaginario urbano es una esfera móvil, trashumante, que obedece a un interaccionismo entre lo formal y lo no formal, entre lo oficial y lo no oficial, entre lo semi-público y lo semiprivado. Fruto o resultado de fricciones en permanente cambio desembocando en fenómenos de reconfiguración ocasionada por las fisuras que producen los poderes visibles y los micropoderes de individuos y colectivos. Dicha alteridad es una fuerza aparentemente elemental y frágil, pero que produce cambios contundentes en la sumatoria de sus acciones, constituyendo resistencias que funcionan a manera de catalizadores, ocasionando tránsitos, movilidades, configuraciones y reordenamientos. De esta manera, lo público en su forma estética, política o social tiene su esencia más en su carácter de inestabilidad y de movilidad, que en su publicidad de estructura sólida y perdurable.

Para rastrear el carácter débil de lo público se ha optado por la veta estética sin que ello impida incursionar por lo público en diferentes niveles y acepciones. El carácter débil de lo público se mostrará en las construcciones y deconstrucciones de prácticas sociales, en las superficies modeladas y en los cuerpos en que gusta ocultarse y de aquellos que se forman para la vida exterior. La emergencia de estéticas en lo público se constituyen en los configurantes de ese devenir público. Por supuesto, para nuestro interés, es prioridad indagar por las proyecciones oficiales y los imaginarios comunes como igualmente es pertinente preguntar desde dónde y con cuáles factores se configura lo público, no sólo como espacio, sino como una dimensión que tiene un correlato dramático, pero también, unos correlatos coreográficos que corresponderían a su propia interacción.

Se trata entonces de mostrar esos relevos, esas estrategias, esas reterritorializaciones, esas definiciones, redefiniciones y deconstrucciones de la esfera pública, para comprender que su fragilidad, su precariedad, son su potencia en sí misma. El carácter precario de la esfera pública se ha expandido más allá de la acción y de la accesibilidad. La desconfianza del viandante, la incredulidad del telespectador ante los sondeos de opinión, las configuraciones esquizofrénicas, los kits de dramaturgias para resolver la experiencia exterior, hacen parte, entre otros, de ese carácter débil de lo público. Esa esfera pública en lo estético, en lo político, en lo social y en la configuración inestable de lo imaginario constituyen la misma dinamis que la hace activa y frágil.

No podemos adjetivarlo para definirlo, incluso tenemos que renunciar a su definición para comprender su naturaleza múltiple y fractal. Su fragilidad le ha permitido

transmutarse, emerger con otros sentidos y ser apropiado al ser encarnada por actores las fuerzas actanciales. Es decir que la ciudad como actante es aquel dispositivo que genera fuerzas como por ejemplo la alegría en las fiestas de cada ciudad, la tragedia en momentos de una catástrofe colectiva, el temor en tiempos de zozobra, la ambición, la envidia, el cooperativismo, etc., como ejemplos que pueden ser encarnadas por un individuo o un colectivo en un espacio o tiempo determinado. Dichas fuerzas provocan formas de ser y de desconocer en aquellos que viven y practican la ciudad. El carácter débil es la prueba contundente de que la esfera pública en sus diversas formas de expresión: cultural, estética, política, comunitaria, espacial, individual, económica, etc. ha agotado los dispositivos analíticos rígidos que se encargaban de su análisis.

El carácter débil de lo público es maleable. Carece de límites claros entre lo real y lo virtual, entre lo privado, lo publicitario y lo público. Lo público ha muerto en su acepción de esfera fuerte, de imaginario oficial, tanto en los modelos antiguos y modernos en occidente y en las acepciones de Hanna Arendt, de J. Habermas y en las concepciones cada vez más occidentalizadas y globalizadas del mundo, sin desconocer las excepciones en otros regímenes autoritarios, que hacen de lo público oficial una imposición y por el contrario lo dotan de un carácter fuerte.

Para la realización de esta tesis se ha partido de una matriz abierta que se enmarca a partir del pensamiento de varios autores acerca de aspectos diversos de la esfera pública, optándose no sólo por comprender la esfera pública en su compleja constitución, sino inclinándonos hacia la vertiente estética que configura lo público.

## Diseño de Tecnologías en Comunicación

Luis Alberto Sorgentini

### Creación y Diseño de Tecnologías en Comunicación

Entendemos Tecnología, como una ventaja competitiva para un momento dado, de quién la tiene, respecto de quien no. Una vez que su uso se hace universal, no se puede estar incluido sin poseer el acceso al recurso, sea éste de propiedad privada o pública.

Tal definición se refiere a un estándar en un momento, por ejemplo la cosechadora Vasalli (1945 aproximadamente) significó una ventaja para levantar las cosechas en un momento histórico en que el mundo en guerra adquiriría nuestra superproducción de granos, quien no tenía la innovación, tenía que levantar la cosecha a mano; unos años antes, la cosechadora no existía, todos levantaban la cosecha a mano y la competitividad era pareja, hoy día, levantar la cosecha a mano significa quedar fuera del mercado incluso en Cuba. En la isla centroamericana la

última tecnología está a disposición para poder competir con los precios internacionales del azúcar, principal ingreso de ese país, a la vez que subsidian a quienes levantan la cosecha a mano, para el mercado interno.

Cada vez mas gente depende del uso de teléfonos celulares, quien no lo tiene comienza a sufrir presiones y desplazamientos por no estar en el estándar comunicativo. Se subraya de lo dicho antes que tecnología no es una cosa, un objeto, sino una "ventaja para un momento y un estado de la técnica". En tal sentido, el dinero es una ventaja sobre el trueque, la escritura es una ventaja sobre la oralidad, la imprenta sobre los escribas, etc.

Al innovar y diseñar tecnologías en comunicación, Internet, los recursos de la Web 2.0, la TV digital, el proceso de convergencia tecnológica que reúne MP3, MP4, PALM, teléfonos celulares, etc. son datos de la realidad y del estado de la técnica. Sean de propiedad pública, privada o cooperativa, si su uso significa una ventaja competitiva, se hará universal, sino quedarán en la historia de las innovaciones inútiles.